

Los jóvenes de Platón

Convengo en que la monstruosidad sea bella, pero lo bello es más bello todavía. El célebre romántico Boileau Despreaux ha tenido el atrevimiento de decir:

De algún pincel delicado, el artificio agradable,
Puede, de un objeto horrendo, hacer un objeto amable.

¿Amable? Aquí la rima hace decir una tontería á la razón. No hay más objetos amables que aquellos que se pueden amar; por esto pido al lector que pase una media hora con los jóvenes de Platón. Tengo aún otra razón: el mundo moderno es harto triste, porque es harto civilizado. Todos en él hacen esfuerzos; todos sufren y trabajan con el cuerpo y el espíritu, y las obras de arte, que deberían calmarnos, nos excitan, desde que nuestros poetas buscan lo que nos interesan y no lo que es bello, y se hacen artesanos de pasiones, y no de bienes. Platón es más dichoso; la antigüedad es la juventud del mundo y, por tanto, la nuestra. Retornemos hacia estos bellos años que no hemos vivido, y gocemos al menos por el recuerdo.

UNIVERSIDAD FEDERAL DEL ESTADO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Apto. 1823 MEXICO, D.F.

Platón, aunque filósofo, fué poeta, es decir, creador de forma viviente. Cualquiera griego hubiera encontrado dificultades para no serlo. Parménide, Espinosa de aquel tiempo, escribió su sistema en verso, y por lo común sus versos son hermosos. Platón puso su silogismo en conversaciones é hizo de sus teorías una pintura de costumbres. Es el único entre todos los filósofos que ha sabido darles vida á las disertaciones. El Teótimo de Malebranche y el Filalete de Leibnitz, son abstracciones bajo nombre de seres humanos. Estas ficciones quitan lo natural sin dar interés, y los razonamientos agradarían allí más sin los razonadores. El diálogo no es más que un ornamento prestado, añadido inoportunamente por un esfuerzo de la imaginación para suavizar la sequedad del objeto y que no se ate Dios á la lectura. Por el contrario, si Platón representa personajes, es porque los copia; si escribe diálogos, es porque los escucha. Halla lo bello al manejar la verdad, y porque es historiador, es poeta: porque la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros, en un gabinete y entre papeles, sino al aire libre, al sol, cuando fatigados por ejercicios de la palestra y apoyados en una columna del gimnasio, los jóvenes conversaban con Sócrates sobre el bien y la verdad.

Se hará bien en detenerse un instante á contemplar estos contemporáneos de Pericles, el cual, ante las tumbas de ellos, decía el primer año de la guerra: «El año ha perdido su primavera.»

I

Platón tuvo el placer de reunir ante sí los más jóvenes, aquellos en los cuales el pensamiento se despertaba por primera vez y que á la sazón eran aún casi niños. Su estilo tan fácil, tan dulce, casi flúido, es á propósito para representar estas almas dulces y tiernas y estos cuerpos flexibles. Corregio tuvo el mismo gusto y la misma cualidad. La belleza naciente es la más bella, riente y sencilla, como el primer rayo de la luz del día.

Por doquier encontraba á los jóvenes; así en la palestra como bajo los pórticos y en la Ágora, interrogando á Sócrates, el cual les respondía sobre todas las cosas con entera libertad. «Se les dejaba libres, como potros consagrados á los dioses, pacer y errar á la ventura, para ver si encontraban la sabiduría y la virtud.» Hasta este momento no habían tenido más que una educación de poetas y atletas. Habían pasado los días en el gimnasio luchando, saltando y corriendo; habían repetido versos de Tírteo y de Homero y cantado himnos. «Los niños de un mismo barrio—dice Aristóteles—irán á casa del mismo maestro de cítara, marchando juntos y en buen orden, desnudos hasta cuando la nieve caiga como harina gruesa: Allí aprenderán los himnos *Palas terrible, que arrasa las ciudades*, y *Un grito escuchado á lo lejos*, y producirán sus voces con la dulce armonía

que sus padres les hayan transmitido. Si alguno hiciera el bufón ó cantara con inflexiones débiles, se le cargará de golpes como un enemigo de las musas.» «Joven—dice el justo, en su defensa contra el injusto—tómame resueltamente por guía tuyo, que yo soy el mejor consejero, y tú irás á la academia á correr los olivares sagrados coronado de juncos y flores blancas, con un inteligente amigo de tu edad, aspirando el olor de la zarzaparrilla y del blanco chopo, gozando del asueto y de la bella primavera, mientras el olmo novel murmura bajo el plátano.» Así formados comienzan á reflexionar, ayudados por Sócrates, que «parteaba sus espíritus y les proporcionaba el placer de pensar.»

Entrados en el gimnasio—dice—encontramos que los jóvenes mozos habían sacrificado y que las ceremonias estaban ya al terminar. Jugaban á los oseletes y estaban formando parejas; la mayor parte se divertían fuera, en la carrera; algunos, en un ángulo del bestiario, jugaban á pares y nones con un gran número de oseletes que tomaban de cestas. Otros circunstantes les miraban, y entre ellos Lisis, el cual estaba de pie en un grupo de jóvenes y de niños con la corona sobre la cabeza, mostrando su figura verdaderamente admirable y digna de que se le llamase no solamente bello, sino bello y bueno. Pero fuimos á sentarnos en el opuesto lado, en el cual se estaba tranquilo, y comenzamos á entretenernos con cualquier objeto. Lisis se volvía con frecuencia para mirarnos y se veía bien que deseaba venir cerca de nosotros, pero estaba tímido y no se atrevía á acercarse solo. En este momento, Menexeno, que retornaba del patio, entra sudoroso, y cuando me vió con Ctesipo vino á sentarse cerca de mí. Siguióle Elisias y se sentó á su lado; aproximáronse los otros también, y entonces yo, levantando los ojos hacia Menexeno,

le dije: «Oh, hijos de Demofón; ¿cuál de vosotros dos es el más sabio?—No estamos de acuerdo respecto á ese punto, respondió aquél.—¿Y si yo preguntara cuál es el más bravo, contestaríais lo mismo?—Ciertamente. ¿Y si preguntara cuál es el más bello? ¿también lo mismo?» Los dos se miran riendo.—«No os pregunto cuál es el más rico, porque sois amigos. ¿No es así?—Muy grandes amigos—dijeron.—«Pues bien, como se dice que todo es común entre los amigos, respecto á riquezas no puede haber diferencia entre vosotros, si sois amigos como afirmáis.» Ellos asintieron.

Esto es generoso y encantador. Ved también en qué tono habla Sócrates de esta amistad y con qué gracia, hombría de bien y ternura felicita á estos jóvenes:

Desde mi infancia siento el deseo de un bien, así como los demás hombres desean cada uno el suyo, y éste desea caballos, aquél desea perros; el uno riquezas y el otro honores; pero yo, respecto á estas cosas, estoy tranquilo; sólo deseo ardientemente adquirir amigos, y quiero más bien tener amigos que la mejor codorniz y el mejor gallo de la tierra; sí, por Júpiter, y que el más hermoso caballo y el perro más lindo. Y ¡por el perro!, yo quisiera poseer un amigo creo que mejor que tener el tesoro de Darío y aun á Darío mismo, pues tan deseoso estoy de amistad. Por esto tan sorprendido estoy de veros á Lisis y á ti, y os considero dichosos porque siendo tan jóvenes habéis sido capaces de adquirir semejante bien tan pronto y fácilmente.

Luego, Sócrates entabla conversación y hace que Menexeno halle lo que es y lo que no es la amistad. Lisis está tan atento, que olvidando que nada se le pregunta, responde súbitamente en lugar de su compañero. «De pronto enrojació, y me pareció que sus

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
1411 (1954)
ALVARO JAZA MONTE

palabras se le habían escapado aun en contra de su deseo; que tan fuertemente había él aplicado su espíritu á las cosas que se decían. Efectivamente; en su aspecto se veía bien que escuchaba con toda su fuerza.»

Platón tiene tanta franqueza como pudor. Tratando de Sócrates refiere sin titubear cuantas cosas su padre le prohibía, cómo era obligado á obedecer á su gobernador y á todos sus maestros «¿Cuando retornas á casa, al lado de tu madre, te deja ella, á fin de complacerte, hacer cuanto te plazca de su lana ó de su labor, si ella está trabajando, ó te impide que toques á la lanzadera y á los demás instrumentos de tejer?—¡Por Júpiter!—dice él, riendo—; me pegaría si tocase.» Manifiesta honradamente que no sabe casi nada todavía y tiene gran necesidad de sus maestros. En este momento, volviendo Menexeno que había salido un instante, y juzgando Lisias útil lo que acababa de oír, se inclina hacia Sócrates y le dice muy bajo, ingenua y afectuosamente: «¡Oh, Sócrates!; eso que acabas de decirme, díselo también á Menexeno.» Estas palabras hicieron sonreír al maestro con complacencia. El joven es tan bueno y tan sincero que todos los movimientos de su alma le hacen amar.

Lo que se ama en aquéllos es la Naturaleza. Estos jóvenes se abandonan á ella, y ella lo es todo en ellos. ¡En cambio nosotros, qué lejos estamos de ella! Los hombres están formados, es verdad, pero están deformados; veinte siglos de preceptos pesan sobre nuestras cabezas. Se consideraba natural á Joas en el siglo XVII, y el pobre pequeño, de ocho años

de edad, infligió á la reina Atalía sentencias morales como ésta:

La felicidad de los malvados como un torrente se derrama.

O axiomas teológicos así:

A los pequeños pájaros Dios da el pasto,
Y su bondad se extiende por toda la Naturaleza.

Separad los libros, cerrad el piano, no contéis al niño sino cuentos; que corra el sol por el jardín, que vea las plantas, los animales y las bellas nubes; no destruyáis bajo una disciplina la belleza nativa de su cuerpo y de su alma. La sangre nueva que corre por sus jóvenes venas y que mantiene su piel tan fresca; la carne rosada, en la que parece vivir aún la leche maternal; los grandes ojos atentos, el pensamiento curioso y móvil el movimiento flexible é incesante, el gozo de vivir y de comprender, el abandono de sí mismo á sí mismo; he aquí el hombre primitivo vecino á su origen, pariente aún de los seres inferiores, sencillo y feliz, como agua que emana y se doblega á las superficies de las rocas, que produce el murmullo y se ostenta riente bajo los finos rayos del sol. En Grecia apareció el origen del pensamiento y de la historia; cada vez que nuestra civilización nos lo permite, volvemos á ella; Ravelais, Rousseau, allí se elevan; y yo aprendo menos á leer *Gargantúa* ó el *Emilio*, que á contemplar los jóvenes de los Diálogos ó el pequeño *Ciro*, de Jenofonte.

Pero los jóvenes mozos se hacen ya discípulos de los sofistas; corren hacia la ciencia, cuando la han saboreado una vez, con un entusiasmo impetuoso y

ciego. Cuando por vez primera se desea de todo corazón, sin mirar ni siquiera si el logro del deseo es difícil ó imposible, no se duda de sí mismos, porque no se tiene medida de las propias fuerzas; parece que no hay solución de continuidad entre el fin y el deseo; que basta tender la mano para obtener; que esperar tener es tener. ¿Y qué hay más hermoso y más dulce que este desenvolvimiento audaz de las pasiones, cuando ellas se dirigen hacia la ciencia? Recordemos la edad en que por primera vez encontramos verdades generales, no supuestas por nuestros maestros ó establecidas en nuestros libros, sino descubiertas por nosotros, hijas primogénitas de nuestro propio espíritu, las más queridas, tan encantadoras que ningún goce ha podido luego borrar ni igualar el recuerdo de esta primera dicha. Es hacia los catorce ó los quince años cuando se las halla. Son incompletas, falsas; pero, ¿qué importa? ¡Que otras veinte personas las han encontrado antes que nosotros! ¿Qué importa? Nos pertenecen muy de veras, porque las hemos descubierto como ellos y las ignorábamos antes. El espíritu en este momento participa de un vuelo súbito; esta fuerza imprevista, de la cual no tenía conciencia el joven y que desde hacía mucho tiempo se había acumulado en él sin que lo sintiera, se despliega y le conduce á través de todos los pensamientos, de todas las verdades, de todos los errores. La halla en todo, con verdadero afán, temerariamente, cortando de un golpe las dificultades que más tarde se considerarán invencibles, y que ahora se cree haberlas vencido, sin que este gozo de vencedor sea entristecido por la pre-

visión de una derrota, ni por el sentimiento de una debilidad, ni por la saciedad del goce mismo, ni por la fatiga del esfuerzo. Esto es la fuerza y el placer de un hombre que, sujeto desde su nacimiento, se lanzará por primera vez en una planicie abierta, ansioso de gozar la libertad de su carrera, la variedad de asuntos, la claridad de la luz, embriagado por las ondas de sangre generosa que hacen latir sus venas y palpar su pecho. Yo haría mejor en callar, pues Platón, que lo ha dicho todo, ha dicho esto divinamente; lo traduzco, y que se me perdone: «El joven que por la primera vez ha gustado esta dulzura, se ha deleitado en ella como si hubiese hallado un tesoro de sabiduría; se siente transportado de placer; está encantado de remover todos los discursos, de barajar ya todas las ideas y reunir las en una sola, separarlas y dividir las en porciones; poner en las mismas, dificultades, que él sintió al principio, á todos los que están inmediatos á él, jóvenes, viejos, gentes de su edad ó de cualesquiera edad que sean, sin omitir ni su padre, ni su madre, ni ninguno de cuantos le escuchan; no es nada para él aleccionar á los hombres, y poco falta para que acometa la enseñanza de todos los seres vivientes. Ni á los bárbaros exceptuaría, si encontrara un solo intérprete siquiera.»

Esta pintura es una mezcla de verdad y entusiasmo. Platón admira á sus jóvenes, y se burla de ellos. Ved, ahora, esta graciosa locura, pues es una comedia:

Al amanecer, Hipócrates, hijo de Apoliodoro, golpea fuertemente en la puerta con su bastón, y, una vez abierta, entra en

seguida apresuradamente y hablando muy alto: «¡Oh, Sócrates—dice—, ¿estás despierto, ó duermes aún? —Reconocí su voz, y le dije: Bien, Hipócrates; ¿qué traes de nuevo? —Nada nuevo. —Muy bien; pero, ¿qué es ello y por qué has venido á estas horas? —Protágoras—dice aquél—ha llegado.»

¿No se diría que el gran rey acababa de llegar del Pireo?

«¿Y eso qué te importa?—dijo Sócrates.—¿Te ha hecho algún daño?—Sí, por los dioses, pues que él únicamente lo sabe todo y no me hace partícipe de su sabiduría.—Pero, ¡por Júpiter!, si tú le das dinero y le persuades, él te hará sabio también.—¡Plegue á Dios que así sea! Yo no omitiré nada de mis medios ni de los de mis amigos; por esto es por lo que estoy aquí presente, á fin de que le hables de mí, porque además de ser yo muy joven, jamás he visto á Protágoras ni lo he oído; yo era muy niño aún cuando él vino aquí la primera vez. Pero, Sócrates, todos le alaban y dicen que no hay un hombre que hable mejor. ¿Por qué no vamos en su busca á fin de hallarle en su domicilio todavía? El habita, según se me ha dicho, en casa de Calias, hijo de Hiponicus; sí, vamos. Aún no, amigo mio, es todavía muy temprano; pero levantémosnos y vámonos á la calle. Pasaremos el tiempo en pasearnos hasta que sea de día; luego iremos á casa de Protágoras, el cual ordinariamente permanece en ella; de modo que nada temas, le hablaremos allí, según desees.»

Después de esto interroga Sócrates á Hipócrates, que es más ardiente que avisado, y le pone en un apuro mostrándole que el discípulo del pintor se hace pintor; el de un tocador de flauta, flautista, y asimismo que el discípulo toma siempre el nombre del maestro que lo instruye y del arte que le enseña. Luego le pregunta qué quiere ser, cuando reciba las lecciones de Protágoras. Respondiéndole Hipócrates,

algo ruborizado (aunque ya estaba lo bastante arrebatado para que se le notase en la cara): «Si ese arte es semejante á los otros, es evidente que quiero ser un sofista.» Después de esta ligera broma, Sócrates le hizo ver cuál inconsiderado y precipitado era, y habiéndole castigado así á reflexionar, le condujo á casa de Protágoras.

Llegamos hablando hasta el vestíbulo, y el portero, un eunuco, nos hizo saber que Protágoras, á causa de la multitud de sofistas, estaba encolerizado contra cuantos venían á la casa. Cuando llamamos á la puerta, abrió, y nos dijo: «¡Fuera los sofistas! No es hora todavía.» Y diciendo esto, empujó la puerta con ambas manos con todo el ahinco y toda la fuerza que podía. Llamamos de nuevo, y nos respondió, con la puerta cerrada: «Pero hombres, ¿no habéis oído que no es hora todavía?—Mi amigo entonces le dijo que nosotros no veníamos á ver á Calia, ni eramos sofistas, ni tenía nada que temer, sino que era para ver á Protágoras á lo que veníamos, y que nos anunciara á él.» Con todo, el hombre nos abrió la puerta contrariado, y cuando entramos hallamos á Protágoras paseándose en el antepórtico, y junto á él Calias, hijo de Hiponicus, y su hermano uterino, Paralus, hijo de Pericles, y Charmidas, hijo de Glauco. En otro grupo, Pautipas, hijo también de Pericles, Felipo, hijo de Filomelo, y Antemero, hijo de Méndez, el más famoso de los discípulos de Protágoras, que aprendía el arte de su maestro á fin de ser sofista; detrás de todos éstos marchaba una multitud que se limitaba á escuchar lo que allí se decía. La mayor parte parecían extranjeros y pertenecían al número de los que Protágoras arrastraba consigo de todas las ciudades por donde pasaba, encantándolos con su voz, como Orfeo; y ellos, encantados, le seguían al son de su voz. Había en este coro algunos atenienses; y yo, ante esta bella multitud, me senti lleno de gozo, viendo cuánto cuidado tenían ellos de no encontrarse ante Protágoras por temor de estorbarle. Cuando Protágoras fué á reunirse con ellos, le abrieron paso

con el mejor orden, haciéndose á uno y otro lado, reuniéronse de nuevo y se esmeraron continuamente en seguirle de la más bella forma del mundo.

También, cuando los jóvenes retornaban á su casa, seducidos por el ejemplo, pedían á sus padres que les dieran por maestros hábiles sofistas. Se inflamaban á sí mismos en sus conversaciones; y este amor contagioso del razonamiento alarmaba á los padres. Demódacos vino á consultar á Sócrates sobre su hijo Teages. «Algunos jóvenes de su tribu—dijo aquél—y de su edad, que iban á la ciudad, le repetían ciertos discursos que le turbaban el ánimo y le producían envidia. Desde hace mucho tiempo me atormenta diciéndome que yo debo tener cuidado de él, y darle dinero á un sofista para que le haga sabio. Y yo pienso que si él va á casa de los sofistas se expondrá á un gran peligro. Hasta aquí, yo lo he contenido con mis advertencias, pero ya no puedo contenerle. De modo que pienso que lo mejor es ceder á lo que pide, por miedo á que frecuente algún sofista á espaldas mías y se corrompa.»

El joven mozo se enfada algo con su padre por la resistencia que le ofrece, y cuando Sócrates le pregunta en qué ciencia quiere ser instruído, responde:

«Bien lo sabe mi padre, Sócrates, se lo he dicho muchas veces; pero él te habla expresándose como si no supiese lo que yo le he dicho.»

De esta manera y de otras, se opone á mis deseos y no me deja ir á casa de un maestro.»

Se ve que la familia no estaba gobernada en Ate-

nas como en Roma; allí está fundada en los afectos, más bien que en la autoridad.

El padre no es un rey, sino más bien un igual. Nada contiene ni estorba los movimientos de las almas nuevas. La Naturaleza obra en ella por entero tal y como ella es, sin ninguna traba. Más adelante, Teages dice que quiere aprender el arte de mandar, para ser el jefe del Estado.—¡Pero qué! ¿Tú quieres ser un tirano?—Sin duda yo querría ser el tirano de todos los hombres, ó al menos del mayor número posible. Y creo que tú también y que todos los hombres, y acaso hasta llegar á ser dioses.» Dios en Grecia no es un sér Todopoderoso, misterioso, oculto en el infinito al conocimiento del hombre: es el hombre mismo, más hermoso, más fuerte é inmortal. Este añade aún cierto rasgo al carácter de aquellos jóvenes.

Su alma no ha sido abatida desde la infancia bajo el peso de un poder único y formidable. No han visto en el mundo real ni en el mundo fantástico nada que le anule con su grandeza. Herodoto refiere que los habitantes de una ciudad de Sicilia adoraban á un joven por su belleza y le consideraban al igual de los dioses. No había en Grecia desproporción entre Dios y el hombre. De aquí aquellos deseos ardientes y aquella actitud fiera; porque ellos no habían aprendido ni á temer ni á enternecerse.

Pero el amor de la justicia, natural al hombre, se hallaba en el fondo de su corazón é iban á buscarlo allí por sí mismos. «Yo no quisiera mandar por fuerza, ni como los tiranos—dijo Teages—, sino con el consentimiento de los ciudadanos, y de los hombres

ilustres de la ciudad.» Estos sentimientos agradan tanto más cuanto se considera que aquellos jóvenes decían, desde luego, todo cuanto sentían, y, sobre todo, como lo sentían. Una sola de sus palabras refuta á todos cuantos afirman que el hombre es malo por naturaleza. La bondad es la primera entre todas las inclinaciones primitivas. Platón pintor, piensa, como Platón filósofo, que la idea divina é inmortal testimonia de su origen; y la honra mediante sus personajes y mediante sus teorías, y prueba sus creencias respecto á este punto, mediante la ciencia y el arte. Considerad ahora el ingenio de estos jóvenes, de los cuales conocéis ya el carácter. Platón lo ha descrito con mano delicada y ligera en el retrato de Plutarco y de algunos otros. Ellos inventan todavía poco por sí mismo, son muy jóvenes aún; á veces, sin embargo, encuentran frases muy felices y rodean sus juicios de una manera agradable. Pero un signo particular de penetración y de curiosidad es que con frecuencia, sin abandonar el sostener las más detenidas discusiones sobre materias muy abstractas, se distraen en cuestiones altamente viriles. No sienten el peso de las ideas; escapan á la pesada coraza de la dialéctica. Cuando Aquiles maneja las armas de Efestos, parece, dice Homero, que ellas le levantan como si tuviera alas. Desde el principio también «sus pies ágiles le llevan á las ciencias y maneja sin esfuerzo la verdad.» Ellos exhortan á Sócrates á continuar y le impiden marcharse, porque no quieren que corte el diálogo. Pero tal violencia es amable. Sin embargo, de cuan-

do en cuando, en medio de su conversación sostenida y sus grandes deseos de filosofar, brotan ráfagas de infantil alegría: «¿No ves tú, Sócrates, nuestra muchedumbre, y que somos jóvenes, y no temes que vayamos á confundirnos especialmente con Filebo, si tú nos insultas?»—Entre nosotros, cuando un hombre filosofando deja escapar una sonrisa, se escandalizan los que le ven y alguno de ellos exclama, ya por lo bajo, ya en alta voz: «Este hombre deshonra la filosofía, es incapaz para razonar bien.»

Pero lo que sobre todo merece ser admirado es que en aquellas largas series de encadenados razonamientos, el auditorio no vuelva el discurso hacia la derecha ó hacia la izquierda, y se mantenga siempre dentro de la cuestión propuesta. Esta continuidad de ideas nos falta hoy. Procurad discutir con alguno; veinte veces os veréis obligados á volverle á la cuestión principal. Nuestro espíritu es demasiado voluble: corremos excesivamente á saltos bruscos; vemos de pronto un vivo resplandor de verdad y nos lanzamos hacia él, olvidando todo lo que habíamos hecho en otra dirección, y rompemos nuestra obra en el momento en que un solo esfuerzo la hubiera puesto remate. Platón no inventó esta hilación que pone en las ideas de sus personajes; hallaréis el mismo orden y la misma justeza que en Homero; el genio jónico practica por instinto la lógica delicada y severa; desde sus primeras obras se observa que aquel genio es el obrero predestinado á la ciencia humana. Comparad las dos fuentes primitivas de nuestra civilización, la Biblia y Homero: en la primera, los pen-

samientos están cortados, separados los unos de los otros, empujados violentamente hacia afuera como por la ebullición desigual de un alma que fermenta y no sabe contenerse. Los enlaces de entre palabras son raros y las metáforas excesivas y las imágenes ahogan las ideas. El hombre, oprimido por las sensaciones que se elevan á su cerebro como un vino espumoso, no percibe la pura luz de la verdad; la carne y la sangre se perturban en él, que amenaza y se estremece de gozo, sufre, grita y no razona. Según el antiguo poeta griego, los héroes sostienen largos diálogos en el campo de batalla, antes de comenzar á darse golpes de lanza. Lo explican todo, no dejan nada en la obscuridad, no exponen una idea sin haber hecho ver todas aquellas que la preceden. El lector no necesita jamás hacer ningún esfuerzo para comprender sus pensamientos. Se siguen éstos unos á otros como las ondas de un límpido río, y se conducen con una marcha igual y continua hacia un fin que desde el principio se percibe. Platón no es más que un historiador exacto cuando pone en sus jóvenes el instinto de la verdad y el talento natural de pensar bien.

Protarco y la mayor parte de entre aquellos jóvenes tienen dos rasgos que parecen contrarios y que sin embargo se armonizan, los cuales denotan á la vez la infantilidad y la excelencia del espíritu. El uno es la confesión ingenua de su ignorancia y su incertidumbre: ellos desconfían de sí mismos, no osan resolver bajo su responsabilidad las cuestiones difíciles, se dejan guiar por Sócrates y le siguen dó-

cilmente. El otro rasgo es la libertad y la perfecta seguridad con que dan sus opiniones. Cuando han comprendido bien lo que se les pregunta, hallan muy natural juzgar de ello por sí mismos, y no bajo la autoridad de otros. ¿Y no es grato y admirable ver á un jovencito de quince años decir de buena fe y sin ninguna pretensión á Sócrates: «En mi opinión esto está muy bien dicho»? Allí todas las inteligencias tenían los mismos derechos ante la verdad; nadie en aquel país tenía otro rey que á sí mismo: era la patria de la libertad. Sócrates lo sabía, y su método consistía en instruir el espíritu, y no los oídos del alumno; no decía nada en tono doctoral, con voz de mando y desde lo alto de una tribuna; quería que el oyente encontrara por sí mismo todo cuanto él creyera, y que, interrogado, inventara él mismo sus opiniones, y no que recitara las de otro. Esta manera de enseñar es peculiar del genio griego, porque los atenienses amaban tanto la libertad de la ciencia, como la libertad política, y querían gobernar sus opiniones lo mismo que sus negocios. De igual modo, «su alma errátil voltijeaba en los prados de las musas», y buscaba la verdad por todos los caminos, reuniendo para la posteridad la más extensa colección de conocimientos. Añadid que Sócrates no les presentaba la ciencia seca y árida. Para provocar los espíritus poéticos, los entretenía entre palabras y alegorías rientes, y recubría sus ideas con espléndidas expresiones, diciéndole, por ejemplo:

«Pues que ves que hay tres clases de vida, supón, á fin de valernos de los más bellos nombres, que la

una es oro, la otra, plata, y la tercera, no es ni lo uno ni lo otro.»

Se hacía mitólogo y hablábales cual Homero:

«Invoquemos á los dioses, Protarco, mezclemos la voluptuosidad y la sabiduría, y que sea Baco ó Efestos, ó cualquiera otro dios, el que presida esta mezcla. Como ciertos escanciadores, tenemos dos fuentes: la del placer, que se puede comparar con una fuente de miel, y la de la sabiduría, fuente que no contiene vino, sino una especie de agua pura y saludable; es necesario que nos esforcemos en hacer la mezcla lo mejor que se pueda.»

Se distinguen, no obstante, los más jóvenes mozos de los Diálogos. Dejémosles, «en la poética llanura de Platón», pasearse, jugar, hablar y recordarse las palabras de Sócrates. Se podrá, si se quiere, ir á ver á uno determinado de ellos al Museo: es un joven atleta que tiene en la mano una rama de laurel, de aspecto tranquilo, ni pensativo, ni expresivo, inteligente y bello, sin embargo; pero en el cual, ni la pasión ni la reflexión han marcado sus huellas. Los brazos son aún débiles; sin duda, el premio que ha ganado ha sido el de la carrera. Pero de seguro que no hay nada más ágil que este cuerpo, ni más firme que las articulaciones de sus miembros. Todo en él reposa, pero todo está pronto á moverse. La mirada se desliza dulcemente sobre las líneas suaves de esta carne joven y vívida. Está acostado é inmóvil, y sus ojos parecen no mirar; pero que él diga alguna cosa, y por ella reconoceréis al punto en esta figura uno de los compañeros de Menexeno y de Lysias.

II

Cuando los jóvenes se hacen hombres, el carácter se marca más fuertemente, las pasiones son más vivas, la voluntad está más contenida. Nuestro sentimiento en la infancia se esparce hacia todas partes, desconociendo la dirección que toma; más tarde, acumulado y llevado hacia un mismo punto, forma una sola corriente, y el hombre se lanza á través de la vida por un camino que conoce ó ignora, pero del cual no se aparta.

Ctesipo es violento y bullicioso, sobre todo para defender aquello que ama. Platón ha hecho de él un combatiente, y lo ha empleado contra los sofistas. Dos disputadores, Eutidemo y Dionysodoro, acaban de llegar á Atenas; anuncian «que enseñan la virtud; toman por discípulos á quienes les dan dinero; y ni la edad, ni la torpeza del espíritu, ni los negocios impiden para aprender en su escuela». Para dar prueba de ello obligan á los jóvenes, mediante cuestiones ambiguas, á dar respuestas contradictorias. Los curiosos atenienses comienzan á reír y admirarse; Ctesipo se halla con su joven amigo Clinias; pero cuando Eutidemo, por no sé qué razonamiento capital, ha deducido que los amigos de Clinias querían perderle, Ctesipo, indignado, se levanta y escribe: «Extranjero de Turium, si no fuera ello demasiado grosero, diría: ¡recaiga sobre tu cabeza la mentira que tú has hecho á sabiendas contra mí y contra los otros, impu-

tándonos la impiedad de defender y desear la muerte de Clinias!» Después les oprime y aplasta con dichos amargos. «—¡Tú nos injurias, Ctesipo!—, dice entonces Dionysodoro—, ¡tú nos injurias! —¡No, por Júpiter, Dionysodoro!, porque yo te amo y te aconsejo como un amigo y procuro persuadirte de no decirme jamás, tan groseramente y de modo directo, que yo quiero la muerte de los que más amo.» Sócrates, que es muy paciencioso y de una malicia muy disimulada, corta la disputa. Pero Ctesipo, irritado, encarnizado con los sofistas, desgarró la tela de araña de sus razonamientos y los acosa con ironías. Ellos se revuelven en todos sentidos y hacen mil esfuerzos por escapar; parecía aquello una cacería; ¡que tanto calor ponía en sus palabras el joven! Los dos sofistas pretendían saberlo todo. «—¡En nombre de Júpiter, Dionysodoro! ¡Dadme una prueba que me haga reconocer que tú dices verdad! —¿Qué prueba quieres? —¿Sabes tú cuántos dientes tiene Eutidemo, y sabe él cuántos tienes tú? Si decís cuántos y se ve, después que hayamos contado, que sabéis ese número, os creeremos en todo lo demás.» Ellos, pensando que se burlaba, no querían responder, sino que declararon que sabían todas las cosas á medida que Ctesipo las fuera nombrando una á una. Ctesipo les interrogó sin cesar y sin omitir nada, sobre todas las cosas, y aun sobre las más vergonzosas les preguntaba si sabían. Aquéllos, con el mayor valor del mundo, decían que sabían, entrando de cabeza en la cuestión, como toro que se arroja contra el hierro.

Por fin acaba, usando el método de ellos, por pre-

sentarles una cuestión de doble sentido y obligarles á contradecirse ante sus discípulos y todos los asistentes.

Luego, con una gran explosión de risa, dice: «—Eutidemo, tu hermano ha vuelto el discurso por dos lados; lo ha perdido y está derrotado.» Clinias se deleitó mucho y se puso á reír, «de modo que Ctesipo se hizo diez veces más fuerte.»

Algunos de estos jóvenes han tomado ya las lecciones de los sofistas, como Menon, por ejemplo. Estos son muy fieros «y confían tranquila y soberbiamente en el lujo de su sabiduría». No pueden dejar de tenerla; tienen finiquito. Sócrates se chancea de ellos con imperturbable gravedad. Hay que reconocer que Platón, el entusiasta, es también el príncipe de los burlones. Se halla, como lo estimaba Pascal, entre ambos extremos y llena el espacio intermedio; á veces cómico, á veces lírico, pasa de uno á otro aspecto en un instante; y, á su placer, ya va sobre la tierra, ya se remonta á los cielos. Pero su burla es fina, sus punzadas ligeras, y su sonrisa, divina ó irónica, es en todo caso delicada y hechicera.

«Gorgias—dice Platón—os ha habituado á responder sin temor y magníficamente cuando se os pregunta alguna cosa, como conviene á hombres sabios; él mismo se ofrece á todo el mundo para que se le interrogue y no deja nunca de responder; pero aquí, querido Menon, sucede lo contrario. Tenemos como una ceguedad y una esterilidad de sabiduría, y aun ésta corre el riesgo de dejar este lugar para ir al vuestro.»

Menon no adivina la ironía con que se le habla, y

cuando Sócrates le pregunta qué es la virtud, él le responde con un gran aplomo:

«No es difícil de decir, Sócrates. Desde luego, si tú quieres conocer la virtud de un hombre, fácil es de ver que consiste en administrar los negocios de su ciudad, y, administrándolos, hacer el bien de sus amigos y el mal de sus enemigos, y cuidarse él mismo de no sufrir el mal.»

Continúa hablando, y hace así ante Sócrates «una revista de virtudes». Es tan bisoño en el arte de razonar, que apenas comprende lo que se le pregunta. Cuando al fin ve que es necesario dar una definición común á todas las virtudes cae, de torpeza en torpeza, «en todos los hoyos y en todos los barrancos» y dice, entre otras tonterías, que la virtud es el talento de gobernar á los hombres. Parecía que Menon no había sido gobernado jamás. En su concepto, un señor que tuviera buenos brazos, una buena fusta y que usara de ella, sería el más virtuoso de los hombres; yo no sé si los súbditos pensarían lo mismo.

Lo gracioso es que se admiraba de ver sus definiciones por tierra y no se confesaba vencido á Sócrates, y dijo:

«Sócrates, yo había oído decir, antes de conocerte, que tú no hacías otra cosa que dudar de todos y provocar la duda en los demás; y he aquí que al presente, según me parece, tú me fascinas y me hechizas como un verdadero encantador, de forma que yo estoy lleno de dudas; y, si se me permite una broma, tú me pareces completamente semejante, por tu figura y todo lo demás, á ese corpulento monstruo marino que entorpece á los que se le aproximan y le tocan; porque tú me has hecho, según creo, algo semejante, pues me hallo verda-

deramente entorpecido del alma y de la boca y no sé qué responder. Yo he hecho, sin embargo, más de mil veces discursos acerca de la virtud, ante toda clase de personas, y bastante bien, en mi concepto.»

Menon se admiraba, de tan buena fe y tan francamente, como ni podía suponerse. Esta firme satisfacción de sí mismo le da una serenidad completa y una gravedad de lenguaje muy plausible. Habiendo disertado muchas veces en público, ha conseguido tomar la entonación y la dignidad propias de los oradores. Su vanidad no tiene nada de ligera, de alegre, ni de vaporosa. Marcha con rostro serio y con paso lento, envuelto noblemente en su amor propio. Ama las palabras que tienen un aire trágico y las definiciones pomposas; da su opinión con una voz imponente, á lo discípulo de Gorgias y rige la discusión á su capricho, como si fuera el maestro de su interlocutor.

Uno de estos retratos está trazado con más cuidado que los otros, y es el de Alcibiades. Platón presenta en él un ejemplo del más excelente natural pervertido por la educación. ¡Qué de dones del alma y del cuerpo reunidos en un solo hombre!; ¡qué belleza y qué esperanzas de virtud! Jamás ha habido otro hombre en la tierra respecto al cual se mostrara más pródiga la Naturaleza, ni sobre el cual ella esparciera tantas venturosas cualidades.

«Piensas tú, Alcibiades, que no tienes necesidad de ningún hombre ni de cosa alguna, y que tus adelantos son tan grandes, comenzando por el cuerpo y acabando por el alma, que no hay persona sin la cual no puedas pasarte. Porque tú crees primeramente que eres bello y muy elevado (y en esto cualquiera ve

fácilmente que es verdad); tú eres de la estirpe más noble de esta ciudad, que es la más grande de las ciudades de Grecia, y tienes en ella muchos amigos, gracias á tu padre, y una escogida parentela que, si él te faltara, te serviría. Aquellos que tienes por parte de tu madre no son ni menos buenos, ni menos numerosos. Pero un poder más grande es el que tú tienes por influencia de Péricles, hijo de Jantipa, que tu padre ha nombrado tutor de tu hermano y tuyo, y que puede hacer todo cuanto quiera, no solamente en esta ciudad sino en todas las de Grecia y en muchas naciones bárbaras. Yo añadiría que eres rico, si bien parece que tú te vanaglorias menos de esta cualidad que de las otras.»

Sin duda que Alcibiades está envanecido de tantas ventajas; pero no es insolente en su vanidad; se sonríe uno escuchándole y no se irrita contra él. Sus sentimientos son tan naturales y sus palabras tan sinceras, que resulta siempre amable. Oid al noble joven relatar la lista de sus abuelos. Cuando Sócrates le refiere que los reyes de Persia y los de Lacedemonia nacieron de Júpiter, dice: «¡Sócrates, mi familia se remonta en su origen hasta Eurisaces y la de Eurisaces á Júpiter!» Ya deja ver las pasiones profundas, el gran corazón, los deseos audaces que, como una llama, se elevan y van más allá de los hechos, que hacen reconocer en él al hombre superior que llevará á su país á la guerra de Sicilia y que abrazará en sus esperanzas Cartago, Egipto y la mar entera, y que el pueblo ateniense, su émulo é imitador, adorará como á un ídolo; el más brillante y temerario, el más afortunado de los generales y de los oradores; victorioso uno tras otro de los dos partidos contrarios, destruyendo las victorias de ellos con sus propias victorias,

y al cuál sólo le faltó para ser el hombre más grande de la Grecia haber tenido á Sócrates siempre á su lado.

«Si alguno de los dioses te dijera: «Alcibiades, ¿qué amas tú más? ¿vivir rodeado de las ventajas que tienes actualmente, ó morir al punto si no te fuera permitido adquirirlas mayores?» Yo creo que tú querrás mejor morir. ¿Qué esperanzas tienes tú todavía? Te lo voy á decir yo mismo: piensas que cuando tú aparezcas ante el pueblo ateniense (lo cual es probable que suceda pronto), le probarás que eres digno de ser honrado por él, como ni Péricles ni nadie lo haya sido nunca, y que luego te harás todopoderoso en la ciudad y, por consecuencia, en todas las ciudades griegas, y no solamente en las griegas, sino entre los bárbaros que habitan nuestro Continente. Si en este momento el mismo Dios te dijera que tú serás el primero en Europa, pero que no te estaría permitido extender tu poderío sobre el Asia y manejar allí los negocios públicos, tú no querrías vivir bajo semejante condición, según creo, á menos de llenar, por decirlo así, el ánimo de todos los hombres de la fama de tu nombre y tu poder. Yo pienso que, exceptuando á Ciro y á Jerjes, tú no haces caso de ningún hombre.»

Este hombre de corazón ambicioso no deseaba menos la virtud que el Imperio. La juventud, llena de savia y de fuerza, á todo aspira, y en el ancho campo de la belleza quiere recolectar todas las cosas bellas. «¿Y qué me dices del valor? ¿A qué precio quisieras tú verte privado de él? —Yo no querría ni vivir siendo cobarde.» También se inclina su natural hacia la honradez y á ella se somete por sí mismo tan pronto como se le ha mostrado.

«¿Cuándo vendrá, Sócrates—dice—, ese tiempo? ¿Quién me sustituirá? ¡Con qué gozo veré yo al hombre que lo haga! Que disipe él mis tinieblas y todo cuanto quiera, pues que me hallo preparado á no

huir de nada de lo que me prescriba, sea quien fuere tal hombre, con tal de que yo me haga mejor.»

La señal más segura de un carácter verdaderamente bondadoso, es que confiese por sí mismo su ignorancia y sus defectos sin franqueza calculada ni artificio de orgullo, como se hace casi siempre, á fin de obtener gloria de tal confesión. «Por los dioses, Sócrates—dice Alcibiades—, yo mismo no sé lo que digo, y me parece que por no enterarme estoy desde hace mucho tiempo en el más vergonzoso estado.»

No se irrita contra el que lo instruye, antes al contrario, agradece á Sócrates sus reprensiones, y para mostrarle su gratitud le pone su corona en la cabeza. Es religioso, y cuando Sócrates lo ha encontrado iba al templo con aire de recogimiento y los ojos bajos, mirando hacia la tierra, en actitud de veneración: Esta piedad, propia de la antigua Grecia, sobrevivía aún en la juventud ignorante y respetuosa, como un recuerdo encantador del pasado, que impreso en la frente de Alcibiades era para él una gracia más. Casi niño aún, tenía el gusto más sencillo y delicado. Verdadero ateniense, no podía sufrir el escuchar términos bajos y vulgares; quiere que sea el discurso rico y escogido. Tiene ya una inteligencia penetrante, y cuando se apodera de la verdad no se deja separar de ella por ningún artificio. Es divertido ver á Protágoras que se agita y suda, y con la ayuda de otro sofista procura eludir las cuestiones que le presenta Sócrates, pero él es sin cesar conducido á ellas para que sea derrotado y confundido.

«Si Protágoras—dice—confiesa que es más débil

que Sócrates en la discusión, esto bastará á Sócrates, y si no que Protágoras discuta preguntado por éste y respondiendo sin cesar á cada pregunta dislocando el deseo y rehusando dar sus razones hasta que la mayor parte del auditorio haya olvidado de qué se trata.» Un poco más adelante, cuando otro sofista, Hepias, quiso intervenir, lo contiene y conduce la disputa como capitán hábil é imperioso.

Con todas estas ventajas de cuerpo, alma, de valor, fortuna y familia, ¿cómo pudo caer en los últimos vicios, consecutivamente, adulador, enemigo y tirano del pueblo, él que había nacido para la filosofía, y del cual fué Sócrates maestro y amigo? Todo este mal provino de la mala educación y de las costumbres de Atenas. La misma causa que arruinó al Estado, corrompió al joven. Él había aprendido á luchar, á tocar la cítara, á cantar los versos de los poetas, y nada más; su director era Topiro, antiguo esclavo de Pericles, el desecho de la casa. Después, cuando entró en los fogosos años de la juventud, cayó entre las alabanzas y las seducciones de la plaza pública, siendo así educado por el pueblo, «que es el mayor de los sofistas»; olvidó la filosofía, pasaba la noche en desmanes y el día en intrigas, y acabó por no desear más que el poder y los placeres. Describiendo este estado del alma, Platón llega hasta el uso de las metáforas más poéticas y más audaces. Habla como Alcibiades obraba; compara este deseo furioso del poder como un alado abejorro «alrededor del cual las pasiones, coronadas de flores, perfumadas de esencia, embriagadas de vicio y de

todos los placeres desenfrenados que marchan en pos de ellas, vendrán á zumbar, nutrirle y educarle, armándole por fin con el agujón de la ambición. Entonces, este tirano del espíritu, llevando por cortesano la demencia, se agita con furor, y si aún se encuentra en torno de él pensamientos ó sentimientos honrados que pudieran triunfar, los mata y arrasa hasta que esté purgada su alma de toda templanza y llena del furor que lleva él consigo.» Después de sus primeros excesos, este alma desvanecida y privada de toda regla ha adquirido lo que Platón llama las costumbres monárquicas, y como un barco sin gobierno, flota por acá y por allá á través de todas las ocupaciones, y empujado por todos los deseos. «Vive de la mañana á la tarde satisfaciendo todo deseo que le invada: ya se embriaga al son de las flautas, ya, luego, sólo bebe agua y hace abstinencia, ya se ejercita en el gimnasio, ya algunas veces permanece ocioso, sin ocuparse de nada; otras, es filósofo; con frecuencia se hace hombre de Estado, y se arroja de pronto á decir y hacer lo primero que se le ocurra. Si tiene envidia á los militares, se inclina hacia la carrera de las armas; si á los hombres de dinero, se inclina en la dirección de ellos. No hay ni orden ni ley que rijan su vida, á la cual llama él vida dulce y feliz, y le lleva hasta su muerte.»

Pero á través de todos estos rasgos de locura, Alcibiades muestra siempre trazos de su antigua belleza. Entra en la sala del banquete, ebrio, con un tocador de flauta, é invita á los convidados á beber. Pero sus propósitos son de buen gusto; sus discursos tie-

nen gracia natural, un giro vivo y delicado, una esencia y una elegancia exuberantes de poesía y risueñas de ingenio. Habla de sus amores, con la libertad de un hombre joven y de un griego: esto es imprudencia, bien lo veo, pero tan libre de vanidad que es casi amable. Su corazón permanece generoso y justo. «Se me ha concedido—dice—el premio del valor demostrado en Potidea, y es Sócrates quien lo merece, él me ha salvado.» Por último, confiesa con la mayor franqueza su propia locura y sus propias miserias, porque su flaqueza flota sin cesar entre los dos extremos.

«Cuando yo escucho á Sócrates, el corazón me late más aún que á los Coribantos. Dejo escapar lágrimas cuando habla, y veo á otros hacer lo mismo. Con frecuencia, hasta Marcias me ha afectado, hasta el punto que la vida que llevo me parecería insoportable. Y tú no dirás, Sócrates, que esto no es cierto, porque en este momento mismo siento bien que si quisiera prestarte atención, no resistiría y sería conmovido como de ordinario. Me obligaría á confesar que, teniendo necesidad de muchas cosas, me abandone á mí mismo para ocuparme de los asuntos de los atenienses. De modo que yo escapo necesariamente como de entre los sireneos, tapándome los oídos, á fin de no envejecer sujeto al lado de Sócrates. Siento ante él una cosa de la cual nadie me creará capaz: vergüenza. Yo sólo me ruborizo ante él, porque siento en mí mismo que no puedo oponerle razón alguna ni decirle que no debo hacer lo que me aconseje; y sólo cuando le dejo me someto al deseo de ser honrado por el pueblo. Lo evito, pues, como hace un esclavo fugitivo, y cuando le veo enrojecer, de lo que tengo que confesarle. Con frecuencia creo me sentiré satisfecho de que él desapareciera de entre los hombres; pero bien sé que si tal cosa ocurriese yo me sentiría más abatido aún; de modo que no sé qué hacer respecto á este hombre.»

Esta vacilación de un noble carácter á medio degradar, expresa abreviadamente los sentimientos inciertos de un pueblo balanceado entre la nueva sabiduría y la nueva corrupción, porque jamás se reconoció también á una madre en las líneas generales de su hijo como se podía reconocer á Grecia en los rasgos de Alcibiades.

Pero hubo otros, de los hijos de Grecia, á los cuales preservó su excelencia natural ó sujetó entre sus dientes la filosofía, tales como Cebeos, Glauco y Agaton, que gustaban de los bellos discursos rientes y floridos, y entre los razonamientos usaban las flores poéticas. De todos ellos, el más entusiasta es Apoliodoro, el cual lleva su pasión por Sócrates á tal extremo que le sigue á todas partes, nutre su alma con las acciones y discursos de aquél, y cree que no hay otra vida más digna de un hombre.

«Cuando hablo ó creo al menos hablar de filosofía, además del provecho que obtengo, siento un deleite extraordinario; pero cuando son de otra índole los que oigo, sobre todo los vuestros, ricos y hombres de negocios, me pongo colérico y siento piedad de vosotros y de vuestros amigos, pues creéis todos hacer algo bueno y no hacéis nada que valga la pena. Acaso por vuestra parte me consideréis un desgraciado, y me parece que lleváis razón; pero yo no solamente lo pienso respecto á vosotros, sino que tengo la evidencia de que lo sois. Tú eres siempre el mismo, Apoliodoro; tú dices siempre lo malo que hay en ti y en los demás. Creo verdaderamente que, exceptuando á Sócrates, hagas desgraciado á todo el mundo, comenzando por ti, de lo cual has recibido tu sobrenombre de *Furioso*. Yo no sé si será por esto; pero en tus discursos aparezco de continuo el mismo, irritado contra ti y contra los demás, exceptuándose á Sócrates.»

Esta filípica contra Apoliodoro hubiera continuado si no se le sujetan. Otros de más edad son más pacíficos. Fedro, por ejemplo, que tan apasionado es por los discursos é interroga á todo el mundo. Sócrates se burla graciosamente de su manía. Estas conversaciones griegas son enteramente francesas: ligeras, vivas, frecuentes y, á la vez, tan llenas de amenidad y respetos, salvo los momentos en que se vuelven bruscamente del lado del entusiasmo y del diti-rambo. Son el vuelo sinuoso y ágil de una abeja, que un soplo de viento conduce de pronto al cielo.

«Fedro, si yo no conociese á Fedro, me hubiese olvidado de mí mismo; pero no ha sucedido ni lo uno ni lo otro, y bien sé que cuando Fedro ha escuchado los discursos de Lysias, no los ha escuchado una sola vez, sino que se los ha hecho repetir varias veces, y aquél ha obedecido su petición, de buena voluntad; pero esto no ha bastado á Fedro. Ha concluído por tomar notas á fin de repasar aquello que más le haya gustado. Sentado durante toda esta mañana, no ha hecho otra cosa; luego, fatigado ya, se ha ido de paseo ¡y por el perro!, que él sabe ya el discurso, según imagino, á menos que sea extremadamente largo. Ha salido extramuros á fin de meditarlo. Luego, habiendo encontrado un hombre que tiene la manía de los discursos, se alegró de verle venir, esperando tener en él un compañero de entusiasmo, y le ha obligado á marchar consigo. El aficionado á los discursos le ha suplicado que hable, y él se ha dado trazas para aparentar formas de hacerlo por darle gusto, ¡cuando si no se le hubiese ofrecido á sí aquel oyente le hubiera forzado á serlo! de modo que, Fedro, pídele á ti mismo hacer lo que de todos modos harás á cualquier hora.»

Pero Fedro, bromeando á su vez agradablemente con Sócrates, y cuando ve que su amigo rehusa im-

provisar un discurso sobre el amor, le arguye con sus propias palabras, diciendo:

«No me obliguéis á decir á mi vez: «Sócrates, si yo no conociese á Sócrates, me hubiera olvidado de mí», y aún más: «Tenía inconveniente en hablar, pero aparentaba querer hacerlo.» Piensa bien que de aquí no nos iremos antes que tú hayas expuesto lo que has manifestado tener en el corazón. Estamos solos, en un lugar desierto; yo soy el más fuerte y el más joven. Comprende, pues, lo que quiero decirte, y no tomes el partido de que te haga hablar á la fuerza, cuando puedes hablar de buen grado.»

Se admira uno de encontrar una filosofía tan poco pedante y tan natural; no se ha visto nada fuera de allí semejante á esta malicia espiritual ni á esta sencilla gracia. Nosotros conocemos alguno que otro, viejo, arrugado, habitante de las bibliotecas, con los ojos clavados en un infolio amarillento. Pero he allá jóvenes sonrientes coronados de flores, al lado del Eliseo. «¡Por Juno, dice Sócrates, qué hermoso sitio para reposar! ¡Cuán frondoso y alto es ese plátano! ¡Cuál corpulento es ese *agnus castus*, y qué hermosa su sombra! ¡Está en flor y perfuma el ambiente! Y bajo el plátano destila el más agradable y fresco manantial su agua, como puede uno jugar y remojar aquí los pies. A juzgar por las estatuas y las figuras que hay, aquél es un lugar destinado á las ninfas. Observa cómo es suave y grato el viento que aquí sopla. Se percibe el estío y resuena el ruido de las cigarras. Pero lo que hay aquí de más agradable es el césped extendido sobre pendientes suaves, de manera que estando acostados, nuestras cabezas reposarán dul-

cementemente. De modo que tú nos has conducido perfectamente, mi querido Fedro.»

Fedro es menos apasionado que Apoliodoro por la ciencia. Dice que la vida no valdría la pena de vivir si no fuera por el placer de los discursos. Se eleva á las ideas más nobles; entre la risa del banquete alaba el amor, guía de la vida honesta y que no inclina sino á la belleza y al bien.

Pero el filósofo quiere pintar un espíritu completamente filosófico; ha mostrado en Teetetes el oyente que él hubiera elegido. Este joven es géometra, y, según el método de Platón, pasa poco á poco de la noción de las figuras á la contemplación de las puras ideas. Ya busca por todas partes la ciencia, abrumado por una multitud de dudas, que no aparecen en un espíritu ordinario, y principalmente por las contradicciones que ofrece la naturaleza sensible. Ha leído los libros de Protágoras, pero no está satisfecho. Siente que bajo las apariencias, que sin cesar corren y se mudan hay, un fondo estable. Tras los fenómenos, «que ruedan entre la nada y el sér», columbra las formas fijas y las leyes eternas. Al fin sigue, sin fatigarse y con una penetración singular, al filósofo eleata, que le interroga sobre las más abstractas cuestiones. Por el solo esfuerzo de su espíritu se eleva hasta la región de los inteligibles. Véase ahora el elogio que de él hace su maestro, el grave y sabio Teodoro:

«Este joven, Sócrates, no es bello, sea dicho sin ánimo de ofenderle; se parece á tí, pues tiene la nariz remangada y los ojos saltones, aunque un poco menos que tú. De todos aque-

llos que he conocido (y he conocido muchos) no he visto ninguno tan maravillosamente dotado, porque yo no he visto á nadie que tenga como él una facilidad tan singular para aprender, y con una dulzura extremada de carácter, juntamente con un valor que no cede al de nadie, no he visto en ninguna parte tantas cualidades en un solo espíritu. Aquellos que como él, son vivos, penetrantes y tienen una buena memoria, están la mayor parte del tiempo empujados por sus deseos, sacudidos y arrastrados como navíos sin lastre, y son más bien impetuosos que valientes. Por el contrario, aquellos que tienen más constancia en el carácter, abordan enérgicamente la ciencia y se olvidan de que viven. Teetetes marcha entre las ciencias y las indagaciones, sin tropiezo, de un modo continuo, rápido, tan dulcemente como aceite que chorrea sin ruido, de modo que te admiraría verle proceder así á su edad.»

Este es el sitio, según yo creo, único en que Platón no pone juntas la belleza y la juventud. Un artista como él procura siempre reunir ambas cosas; que tal es la complacencia de su imaginación, la cual se dirige á ella como una planta hacia la luz, y halla el retrato de Carmídeo, el último y más perfecto.

«Me parece admirable por la estatura y por la belleza. Todo el mundo se siente impresionado cuando él entra, que si hiciera tal impresión sólo sobre nosotros los hombres, sería ello menos digno de admirar; pero yo observo que tampoco los niños miran á otra parte más que á él, ni aun los más pequeños, y que todos le contemplan como á una estatua.»

Tal es la belleza de los cuerpos griegos, nacidos de una sangre pura; hijos de una raza libre y desocupada y fortalecidos en los gimnasios. Hoy se forman caballos y no hombres. Las razas están mezcladas; el trabajo manual ha maleado los cuerpos; la educación de

éstos consiste en estar diez horas por día encorvados en un pupitre; no nos queda más que la del espíritu; tampoco hay ya verdadera escultura, y la única belleza que hoy existe es la de la cabeza y la de la expresión. Ved á lo que Sócrates atribuye la de Carmídeo:

«Es natural, Carmídeo, que tú ostentes sobre todos los demás, porque nadie aquí, según pienso, podría mostrar á Atenas otras dos casas cuyo enlace pueda producir alguno de los hombres más bellos y mejores que aquellas de que tú procedes. Tu familia pertenece á la de Cricias, hijo de Dropídeo y ha sido celebrada por Anacreonte, Solón y muchos poetas, como de belleza muy señalada, de gran virtud y de todos los bienes en que se cifra la felicidad. Y así también, la familia de tu madre: porque nadie parecerá más hermoso ni más grande que tu tío Pirilampo, cuando se le veía de embajador cerca del gran rey ó cerca de cualquiera otro, en el Continente. Esta segunda casa en nada cede á la primera; y habiendo nacido de tales padres, natural es que seas tú en todo el primero.»

Apoya también en su noble sangre los dones de su espíritu; sus compañeros dicen que ya es filósofo y poeta, y usando la frase de Homero y de Platón, que su madre ha engendrado un hombre venturoso, porque tiene la inteligencia pronta y no se siente orgulloso de semejante ventaja; su modestia y su belleza se adornan recíprocamente. Sócrates le pregunta si cree poseer ya bastante sabiduría. «El se ruboriza al pronto, y así parece más bello (porque este pudor convenia á su edad); luego respondió en una forma muy noble, que en cuanto al presente no le era fácil contestar á esto que se le preguntaba: «Porque si digo —

»añadió—carezco de sabiduría, primeramente es cosa »extraña decir esto respecto á uno mismo; después, »yo preguntaría á Critias y los demás, si ellos me »encuentran sabio. Si digo que lo soy y me alabo á »mí mismo, esto chocará tal vez, de modo que no sé »qué te conteste.» Así elude una cuestión difícil y en todo el resto de la conversación no habla más de sí mismo. Sigue muy bien una discusión sutil y propone definiciones bastante sólidas. Algunos momentos se ve asomar á sus labios un fino sonreír, cuando, por una ironía sorprendente y ligera, trae á su primo Critias á tomar parte y lo entrega á las refutaciones de Sócrates; el ingenio es el último engarce de su belleza.

Se habrá observado el dulce reposo que entona estos discursos. Esta tranquilidad no excluye la animación ni el entusiasmo; no es otra cosa que la serenidad de uno que sin esfuerzo halla la verdad, se expande sin precipitación y goza de su propia fuerza. Los personajes no se interrumpen unos á otros; el auditorio de Sócrates, presta gustoso su espera á las digresiones que allí se mezclan; están desocupados. Cuando hablan, dejan fluir su pensamiento en el tono más sencillo y más fácil, sin ocuparse de parecer ingeniosos ni elocuentes; siguen la pendiente compacta en que se deslizan, sin precipitarse ni detenerse; se abandonan á su natural, que es bello y todo lo hace bien.

Me parece que las estatuas antiguas que nos restan son un comentario de este cuadro. Ellas expresan, como los diálogos socráticos, la perfección de la

raza, el pleno desenvolvimiento, la juventud y la feliz serenidad de las almas. Yo señalaría de entre las del museo la de Charmida (1). La hermosura del cuerpo es maravillosa, esbelta, fuerte y de unas proporciones exquisitas. Aquellos escultores no hubieran hecho nunca ni la Eva maciza, ni las Tres Gracias carnosas de Rafael. Es un desnudo, en pie, la cabeza un poco inclinada sobre el pecho, el aspecto serio y tranquilo, inmóvil como un sér que se deja vivir; la actitud es de una nobleza sorprendente; parece fuera de toda posible agitación. La cabeza no es más expresiva que el resto del cuerpo. El espectador no es atraído, como sucede con las modernas figuras, por lo pensadora de la frente y la pasión de la mirada ó de los labios. Se contempla allí con el mismo gusto aquellos pies ágiles y fuerte pecho que el bello rostro; se siente uno tan satisfecho de ver aquel cuerpo vibrar, como de ver aquel espíritu pensar. La naturaleza humana no está en aquella figura desenvuelta, como en la de nuestro tiempo, sólo bajo un aspecto, sino en equilibrio; goza de sus sensaciones tanto como de su sentimiento, y de su vida física tanto como de su vida moral. Los griegos honraron al atleta vencedor, como al poeta y al filósofo, y los combates de fuerza y agilidad, que son entre nosotros las diversiones del populacho, fueron entre ellos fiesta nacional; el cuerpo desnudo es casto como todas las verdades antiguas. Lo que hace la desnudez impúdica es la

(1) Colección de los yesos, detrás de las estatuas del Partenón, á la derecha del coloso.

oposición de la vida del cuerpo y la del alma. Estando el primero rebajado y despreciado no se atreve á mostrar ni su acción ni sus órganos; se les oculta; el hombre debe parecer sólo espíritu. En Grecia no se enrojece de nada y se halla bello todo lo que es natural. Los ojos sin pupilas de aquella estatua son los que convienen á su cabeza inexpresiva; su divina serenidad no tiene necesidad de ver. Poco á poco, contemplando la estatua, se adivina su alma; uno se acuerda de la seriedad profunda y la vaga mirada de los caballos de raza noble que pacen la hierba y se detienen un instante para levantar la cabeza y mirar al viandante que pasa. Una vida sorda se desarrolla silenciosamente en este espíritu calmoso; no razona, sueña; lentas imágenes pasan ante él como procesión de nubes ante el luminoso azul del cielo. Pero considérese el óvalo puro y arrogante de este rostro y se verá que este joven que reposa es un soldado de Pericles y un discípulo de Platón.

M. Michelet

EL RENACIMIENTO (1)

M. Michelet, en su gran obra la *Historia de Francia*, ha escrito la época más notable del siglo XVI; y aunque este sería momento oportuno para juzgar su obra, creemos más conveniente definir al autor.

Dice Kant que nuestras ideas provienen en parte de las cosas y en parte de nosotros mismos; que los objetos impresionan nuestro espíritu y hallan en él una forma innata: que este modelador original altera la imagen recibida, y de aquí que nuestra verdad no sea la verdad.

Se vió que tal doctrina era una suposición en la filosofía y se ve que es una regla en la crítica. Nuestras facultades, nos dirigen; nuestro talento nos equivoca ó nos instruye; nuestro instructor primitivo nos sugiere, ya nuestros errores, ya nuestros descubrimientos. Analizar un espíritu, es desenredar en abreviado y por adelantado sus descubrimientos y sus errores.

M. Michelet es un poeta, un poeta de la gran especie, y, como tal, se apodera de los conjuntos y les

(1) Tomo VII de la *Historia de Francia*.